

Cien años sin Eça de Queirós

Elena Losada Soler

El 16 de agosto de 1900 moría en Neuilly José María Eça de Queirós. Había nacido en Póvoa de Varzim en 1845, tres años antes de la revolución de París y de la publicación del *Manifiesto comunista*, y murió mientras los periódicos contaban el asalto de los boxers a las legaciones extranjeras en Pekín, una de las primeras crisis del colonialismo. Con su prematura muerte desaparecía el máximo representante del realismo naturalista en Portugal y uno de los nombres clave para comprender la literatura europea del siglo XIX. También para la literatura española, y a pesar de ese mutuo desconocimiento que ya parece ser un tópico inevitable, el autor portugués es una referencia. El eco de Eça de Queirós resuena en Wenceslao Fernández Flórez y en Julio Camba, y también en el Valle-Inclán de las *Sonatas*, que leyó a Eça de Queirós mucho mejor de lo que las horriblas traducciones firmadas por él dan a entender.

En 1845 Portugal vivía los últimos ecos del liberalismo militante, de aquella oleada de optimismo político que creyó firmemente en el poder del hombre para transformar su realidad. En concordancia con ese marco exaltado Eça de Queirós nace ilegítimo, hijo natural del magistrado José María de Almeida Teixeira de Queirós y de Carolina Pereira de Eça. Cuatro años después de su nacimiento sus padres se casaron pero el niño siguió viviendo con sus abuelos paternos. Años más tarde, estudiante en Coimbra, vivirá ya en otro marco ideológico. Bajo el reinado constitucional de Pedro V y de Luis I de Portugal se instala en un sistema de alternancia de partidos casi ritual, pactado a través de un férreo caciquismo rural (magníficamente reflejado en *La ilustre casa de Ramires*), muy semejante al de la Restauración española. Sólo la aparición en 1874 del Partido Socialista y más tarde del Partido Republicano, introducirá algún elemento dinámico en un panorama completamente estancado, el de la consagración del triunfo burgués, blanco de los ataques de Eça de Queirós en sus primeras novelas. Pero si la situación política era aburrida, no lo era, ni mucho menos, la efervescencia estudiantil de Coimbra. Los nuevos avances técnicos, en especial la inauguración en 1863 de la línea directa de ferrocarril que unía Lisboa

con París, favorecieron la llegada más rápida de corrientes culturales. Eça de Queirós nos dejó un inventario de esas nuevas lecturas que trajo el tren: «Cada mañana traía su revelación, como un nuevo sol. ¡Era Michelet que surgía, y Hegel, y Vico, y Proudhon, y Hugo, convertido en profeta y justiciero de los reyes, y Balzac, con su mundo perverso y lánguido, y Goethe, vasto como el universo, y Poe, y Heine, y creo que ya Darwin y tantos otros»¹. Se trata de una mezcla de romanticismo y positivismo, especialmente marcado por el Hugo poeta social de *Les Châtiments*, que debía chocar necesariamente con los Lamartine y Walter Scott de la generación precedente. La agitación, latente hasta entonces, cristalizó en 1865 con la llamada «Cuestión de Coimbra», una polémica a la cual la literatura prestó su voz para la expresión de un enfrentamiento generacional que iba más allá del ámbito artístico.

En la polémica se enfrentaron los jóvenes poetas de Coimbra –un mínimo grupo de apenas dos integrantes: Teófilo Braga, futuro presidente de la Primera República Portuguesa, y Antero de Quental– y el poder literario representado en Lisboa por António José Feliciano de Castilho, el último superviviente de la primera generación romántica. El enfrentamiento tuvo su origen en el poco afortunado prólogo laudatorio que éste último escribió para una obra de Pinheiro Chagas, uno de sus protegidos. La avalancha de panfletos y contrapanfletos que durante dos años generó la polémica fue el indicador de la inminencia del cambio.

Los primeros escritos de Eça de Queirós, recién licenciado en Derecho, datan de 1866, cuando empieza a publicar en *Gazeta de Portugal* las páginas recogidas póstumamente bajo el epígrafe de *Prosas bárbaras*, sugerido por él mismo, ya en su madurez, con nostálgico distanciamiento. Se trata de textos inequívocamente románticos en los cuales aparecen pinceladas baudelairianas junto a paratextos de Heine y primeros ejercicios de crítica literaria. Al año siguiente funda y dirige en Évora –de hecho lo elabora en su totalidad– el periódico de oposición *O Distrito de Évora*, verdadera escuela en la que el joven Eça aprende sociología política y también practica la variedad de registros que la prosa periodística le exige.

En 1869 tiene lugar uno de los hechos cruciales de su vida. El joven Eça de Queirós, corresponsal del *Diário de Notícias*, y su amigo y futuro cuñado el conde de Resende viajan a Suez para asistir a la inauguración del canal, la gran obra de ingeniería que alimentó el mito del progreso y el

¹ Eça de Queirós: Notas Contemporâneas, *Livros do Brasil*, Lisboa, s.d., p. 260 (la traducción es mía).